

Buenos días a todos. Antes de comenzar la lectura, quiero darle las gracias en primer lugar a la profesora Emilia Ramírez por haberme convocado a este encuentro, porque ella es la verdadera culpable de que esté hoy aquí. Os cuento cómo pasó: con toda su buena voluntad, llamó al Ministerio de Cultura y dijo que quería traer al instituto a alguien gracioso, el Gran Wyoming, Arturo Valls, Flo o Dani Rovira -el presentador de la gala de los Goya- pero en el Ministerio en lugar de alguien *gracioso* entendieron *Olgoso*. Y ese malentendido fonético es la razón por la que me encuentro, ahora mismo, en el Aula Jaramillo. Quiero darle las gracias al profesor además de magnífico escritor Eduardo Iáñez por su generosas, por su hiperbólicas palabras de presentación; al profesor Faustino Rodríguez que también ha trabajado en clase algunos relatos de un servidor y, por supuesto, agradeceros a vosotros el enorme sacrificio que habéis hecho al abandonar -sin duda dolorosamente- vuestra inmarchitable pasión por las matemáticas, la física y la química, el latín o la economía de mercado para escuchar algo tan cándido, tan inútil, tan fuera de moda como es el fruto de la creación literaria pero al mismo tiempo tan lleno de fascinación, de magia, de asombro. Digo magia porque borrar la distancia entre la fantasía y la realidad, porque convertir la vida en literatura es un verdadero milagro, como lo es transportar al lector a otro mundo, hacer que olvide el suyo durante la lectura y que viva otras vidas posibles, se emocione, se acerque a los misterios de la existencia, se defienda contra las ofensas de la vida. Dice el escritor japonés Murakami que saber escribir es como saber conversar con las chicas: uno puede aprender con la práctica, pero en realidad o naces con ese don o no. Por mi parte, llevo 35 años practicando, no me refiero a hablar con las chicas (mi mujer seguramente no lo aprobaría) sino a que he escrito en este tiempo más de medio millar de relatos. Mientras tanto, he recorrido todas las modalidades de lo fantástico, desde la más apegada a la realidad, pasando por la más lírica o erudita, o por la extrañeza

ontológica, hasta la ciencia ficción. Y también he recorrido todas las formas de lo breve, desde un relato de dos palabras hasta otro de treinta páginas. Como curiosidad, deciros que a finales de los años setenta ya escribía textos tan breves como esos *tweets* (me parece que se llaman) que se escriben ahora a millones cada día. Creo que habéis leído en clase algunos relatos míos de libros anteriores, de modo que hoy voy a leeros varios más recientes del último libro publicado, *Breviario negro*. No os preocupéis, como el título indica seré breve y no resultará muy doloroso, al menos no tanto como estar realizando un examen o preparando la Selectividad. Allá vamos: